**LA RELIGIÓN DE LA CULTURA**

Irene Vallejo (2022). *El infinito en un junco: la invención de los libros en el mundo antiguo.* Madrid: Siruela.

Alejandro había desencadenado el vértigo y los terrores de la globalización. Hasta entonces, la mayoría de los griegos habían sido ciudadanos de pequeñas naciones que abarcaban poco más que una población y sus inmediaciones. Cada uno de esos países mínimos se enorgullecían de su propia política y su propia cultura, eran fieramente independientes y se enzarzaban en escaramuzas frecuentes con sus vecinos en nombre del amor a la libertad. Cuando las ciudades de Grecia fueron anexionadas a las nuevas monarquías, sus habitantes quedaron huérfanos en masa. Las orgullosas comunidades se tambalearon al dejar de ser centros independientes para convertirse en una vasta periferia imperial. Los que el día anterior habían sido ciudadanos eran ahora súbditos. Siguieron combatiendo unos contra otros y entreteniéndose con alianzas, tratados, arbitrajes y declaraciones de guerra, pero tras perder la independencia las batallas ya no tenían un sabor tan intenso. Frente al vacío, las nuevas estructuras estatales — incipientes, autoritarias y volcadas en luchas dinásticas— no ofrecían ningún anclaje.

A la deriva, los griegos buscaron otros asideros. Abrazaron credos orientales, rituales exóticos, filosofías salvadoras. Algunos se refugiaron en una religión recién creada: la religión de la cultura y el arte. Ante el eclipse de la vida ciudadana, ciertas personas decidieron dedicar sus energías a aprender; a educarse con la esperanza de permanecer libres e independientes en un mundo sometido; a desarrollar hasta el máximo posible todos sus talentos; a conseguir la mejor versión posible de sí mismos; a modelar su interior como una estatua; a hacer de su propia vida una obra de arte. Era la estética de la existencia que tanto impresionó a Michel Foucault cuando estudiaba a los griegos para su Historia de la sexualidad. En la última entrevista que concedió, fascinado por esta idea antigua, Foucault dijo: «Me llama la atención el hecho de que en nuestra sociedad el arte se haya convertido en algo que atañe a los objetos y no a la vida ni a los individuos. ¿Por qué un hombre cualquiera no puede hacer de su vida una obra de arte? ¿Por qué una determinada lámpara o una casa pueden ser obras de arte y no puede serlo mi vida?».

Aunque esta idea no era nueva, en la época helenística se convirtió en un refugio para los desorientados huérfanos de las libertades perdidas. En ese periodo, la paideía —en griego, «educación»— se transforma para algunos en la única tarea a la que merece la pena consagrarse en la vida. El significado de la palabra se va enriqueciendo, y, cuando romanos como Varrón o Cicerón necesitan traducirla al latín, eligen el término humanitas. Es el punto de partida del humanismo europeo y sus irradiaciones posteriores. Los ecos de esta constelación de palabras no se han apagado todavía. La Enciclopedia ilustrada rescató la antigua paideía —que desciende de la expresión *enkýklos paideía*—, que todavía hoy resuena en el experimento global y políglota de la Wikipedia. A veces se olvida que esta antigua fe en la cultura nació como un credo religioso, con su lado místico y su promesa de salvación. Los fieles creían que, en la vida de ultratumba, las almas de los elegidos vivirían en praderas regadas por frescos manantiales donde habría teatros para los poetas, coros de danza, conciertos y coloquios alrededor de la mesa de eternos banquetes —en este caso, regados con vino generoso—. Sería un lugar celestial para los filósofos más charlatanes: allí nadie se irritaría con ellos ni les pediría que cerrasen la boca de una vez. Por eso encontramos en tantos monumentos funerarios — epitafios, bajorrelieves o estatuas— el recuerdo de la cultura de los difuntos. Se despiden de la existencia terrenal con la pose de hombres de letras, oradores, filósofos, aficionados al arte o músicos. Esas tumbas no pertenecen, como se creía en un principio, a intelectuales de oficio, profesores o artistas. Ahora sabemos que, en la mayoría de los casos, eran comerciantes, médicos o funcionarios. Pero querían ser recordados por un único motivo: porque se iniciaron en la labor de la inteligencia y las virguerías del arte, saberes protegidos por las musas. «Lo único que merece la pena es la educación —escribe en el siglo II un seguidor de este culto—. Todos los otros bienes son humanos y pequeños y no merecen ser buscados con gran empeño. Los títulos nobiliarios son un bien de los antepasados. La riqueza es una dádiva de la suerte, que la quita y la da. La gloria es inestable. La belleza es efímera; la salud, inconstante. La fuerza física cae presa de la enfermedad y la vejez. La instrucción es la única de nuestras cosas que es inmortal y divina. Porque solo la inteligencia rejuvenece con los años y el tiempo, que todo lo arrebata, añade a la vejez sabiduría. Ni siquiera la guerra que, como un torrente, todo lo barre y arrastra, puede quitarte lo que sabes». Las antiguas creencias se habían desmoronado, pero a cambio la inmortalidad se ponía al alcance de todos, a través de la cultura, la palabra y los libros. No olvidemos que el Museo de Alejandría, al que pertenecía la Gran Biblioteca, era un templo donde un sacerdote oficiaba los rituales de las musas. Es enternecedor pensar en aquellos griegos que soñaron con llamar a las puertas del cielo empuñando sus rollos.

Durante los siglos III a I a. C., el paisaje se transformó, y los libros encontraron cobijo en nuevos horizontes. Los papiros egipcios revelan que, sin llegar a ser total, en época helenística la alfabetización se extendió mucho, incluso más allá de la clase dirigente. Por supuesto, los ricos eran los primeros en entrar en la escuela y los últimos en abandonarla. No obstante, al menos en la Grecia europea, los niños de condición libre tenían más opciones que en ninguna otra época de recibir una educación primaria —las leyes escolares de Mileto o de Teos así lo dan a entender—. La legislación de esta última ciudad aclara que la enseñanza básica se dirigía por igual a los niños y a las niñas, y al parecer era un hecho extendido. Es más, en un gran número de ciudades del Egeo y Asia Menor hubo una floreciente oferta de enseñanza para chicas de familias adineradas —por fin se abren rendijas que permiten atisbar la entrada de niñas estudiantes en las aulas y las primeras generaciones de lectoras—. La posibilidad de educarse estaba expandiéndose a través de inmensas extensiones geográficas. Se podría hacer una larga lista de intelectuales nacidos en ciudades insignificantes con nombres sonoros y lejanos como Cotieo, Eucarpia, Rodiápolis, Amasia, Seleucia del Euleo… No solo se fundaron bibliotecas en las capitales —la biblioteca de Alejandría y su rival de Pérgamo—.

Instituciones culturales más modestas nacían también en la periferia. Una inscripción del siglo II a. C. encontrada en la pequeña isla de Cos recuerda las donaciones de varios patrocinadores privados a la biblioteca local. A lo largo y ancho de los dos nuevos continentes invadidos por los macedonios —África y Asia—, los teatros, los gimnasios y los libros expresaban la conciencia de su identidad griega. Para los indígenas, dominar la lengua de sus gobernantes leyendo a Tucídides y a Platón ayudaba a escalar hasta posiciones de prestigio. Los conquistadores, claro, imponían su cultura convencidos de estar civilizando bárbaros. En un lugar tan remoto como Ai-Khanoum, en Afganistán, se conservan textos griegos grabados en piedra, sin duda llegados hasta esas lejanías en el vehículo de los libros —cada vez más viajeros—. Algo llama la atención: los escritores de esta enorme extensión geográfica leían y citaban a los mismos autores, empezando por Homero y llegando a Aristóteles y Menandro. Haber aprendido a escribir y leer con esos libros era casi lo único que tenía en común un griego nacido en el actual Irán y otro nacido en Egipto, los dos tan lejos de casa. El rescate y el cuidado de esa literatura no podía dejarse al azar. Y de eso se ocuparon los sabios que poblaban el fantástico laberinto de libros erigido en Alejandría.

\*\*\*

**ES EL OTRO QUIEN ME CUENTA MI HISTORIA**

En los escenarios de Atenas se escucharon palabras asombrosas. Desde allí hablaron mujeres desesperadas, parricidas, enfermos, locos, esclavos, suicidas y extranjeros. El público no podía apartar los ojos de aquellos personajes insólitos. Precisamente, «teatro» significaba en griego «lugar para mirar». Los griegos habían escuchado relatos durante generaciones, pero asomarse a una historia mirándola como espías tras la rendija de una puerta era una experiencia muy distinta, de una extraña intensidad. Allí empezó a triunfar el lenguaje audiovisual que aún nos hipnotiza. Las tragedias, agrupadas en trilogías, creaban el mismo tipo de adicción que las actuales series y sagas. Eran obras de terror, como sabía Aristóteles, y las mejores son además viajes al fin de la noche, donde acechan los miedos ancestrales, los tabús, la sangre derramada, el crimen familiar, la angustia del conflicto sin salida, el silencio de los dioses. Queda poco, poquísimo de aquellas obras escalofriantes (siete tragedias de Esquilo, siete de Sófocles y dieciocho de Eurípides). Se sabe que, sumados los tres, escribieron varios cientos de dramas, la mayoría de los cuales han desaparecido. Y conocemos, al menos, trescientos títulos perdidos de otros autores.

El paisaje de la tragedia griega es hoy tierra arrasada. Solo nos ha llegado un puñado de obras, pero se cuentan entre las preferidas de los atenienses de entonces. Ellos no dudaban quiénes eran los mejores. Hacia el año 330 a. C., colocaron estatuas de bronce de los tres dramaturgos ante el gran teatro de Dioniso, en la falda de la Acrópolis. Y, como ya he dicho, decidieron conservar copias oficiales de sus textos, solo los suyos. La destrucción ha sido terrible, pero no indiscriminada. Las tragedias supervivientes ofrecen una extraña fusión de violencia y debate verbal sofisticado. En ellas conviven las hermosas palabras con las armas ensangrentadas. De alguna forma misteriosa, las tragedias consiguen ser salvajemente delicadas. En general, cuentan mitos primitivos de un pasado legendario —la guerra de Troya, el destino de Edipo— cuyos ecos aún resonaban en el presente del siglo V a. C. Pero hay una curiosa excepción, una tragedia basada en hechos reales. Es además la obra teatral conservada más antigua del mundo. Se trata de Los persas, donde Esquilo abrió camino a Shakespeare y quizá, sin saberlo, inventó la novela histórica. Durante la vida de Esquilo, el Imperio persa lanzó varias expediciones de conquista contra el enjambre de minúsculas ciudades en perpetua disputa que por aquel entonces era Grecia. La defensa de Atenas dependía de un ejército ciudadano, así que Esquilo luchó en varios campos de batalla; entre ellos, el de Maratón, donde perdió a su hermano, y tal vez también en la batalla naval de Salamina. La guerra era muy distinta en aquellos tiempos. Intento imaginar aquella lucha cuerpo a cuerpo, a corta distancia, en una época en la que no se habían inventado las balas ni los explosivos. Los combatientes se miraban a los ojos mientras intentaban matarse. Hundían con fuerza lanzas y espadas en la carne del enemigo, mutilaban cuerpos, pisaban cadáveres, escuchaban gritos de muerte, se manchaban de tierra y vísceras. Cuentan que, en su epitafio, Esquilo mencionó sus batallas sin decir nada de su enorme obra literaria. Estaba más orgulloso de haber participado en la resistencia de la pequeña Grecia contra el poderoso invasor persa que de sus versos. Creo que nuestra idea del choque de civilizaciones no hubiera sonado extraña en sus oídos. La lucha entre Oriente y Occidente es una vieja historia. Los atenienses sentían la amenaza constante de un estado dictatorial tiránico. Si ese enemigo lograba someter a Grecia, extinguiría para siempre su democracia y su forma de vida. Las llamadas guerras médicas fueron el gran conflicto de la época, y Esquilo decidió llevarlo a los escenarios cuando las victorias griegas aún seguían frescas en la memoria. Podría haberse limitado a escribir un panfleto patriótico, pero el poeta excombatiente tomó una serie de decisiones inesperadas. La más sorprendente de todas fue adoptar el punto de vista de los derrotados, como Clint Eastwood en Cartas desde Iwo Jima. La acción sucede en Susa, la capital de los persas, y en la obra no aparece ningún personaje griego. Además, Esquilo parece haberse documentado sobre la sociedad persa —conoce genealogías reales, palabras iranias y rasgos de la pompa y el protocolo de la corte—. Pero lo más llamativo es que no detectamos ningún rastro de odio, sino una inesperada comprensión. La obra empieza en la explanada del palacio. Los persas están preocupados porque no reciben noticias de la expedición bélica. Entonces irrumpe un mensajero que cuenta la terrible derrota y habla de los héroes asiáticos caídos en combate. Al final llega el rey Jerjes, que ha perdido por el camino su arrogancia y regresa andrajoso a casa, con una inútil carnicería a sus espaldas. Es una visión insólita del enemigo que ha estado a punto de destruir Grecia. Los persas no son descritos como parte de un eje del mal ni como criminales natos. Esquilo nos lleva a contemplar la impotencia de los ancianos consejeros que se oponían a la guerra y no fueron escuchados, la angustia de quienes esperan en casa el regreso de los ejércitos, las divisiones internas entre los halcones y las palomas del régimen, el dolor de las viudas y de las madres. Se intuye la desgracia de los soldados arrastrados al matadero por la megalomanía de su rey. El mensajero de Los persas relata con dolorosa emoción la batalla de Salamina, que ha llegado a ser un símbolo contemporáneo. Los Soldados de Salamina a los que alude la novela de Javier Cercas son aquellos griegos que detuvieron la invasión del Imperio persa y también los soldados de la resistencia contra el nazismo. Cercas sabe que puede haber soldados de Salamina en todas las épocas: los que encaran una batalla decisiva —y en apariencia perdida— para defender su país, la democracia y sus aspiraciones. Salamina ha dejado de ser solo una pequeña isla del mar Egeo, a dos kilómetros del puerto del Pireo y, más allá de los mapas, existe en cualquier lugar donde alguien, en inferioridad numérica, se rebela contra una agresión avasalladora. Las representaciones teatrales son más antiguas que Esquilo. Él mismo escribió otras piezas anteriores a Los persas. Pero todo se ha perdido, de manera que esta obra es para nosotros un comienzo. Siempre me ha fascinado que Esquilo, después de luchar contra los persas cara a cara, cuerpo a cuerpo y mirándoles a los ojos, después de ver morir a su hermano en combate, cerca de él, llevara al escenario la pena de sus enemigos derrotados. Sin burla, sin odio, sin generalizar las culpas. Y así, entre el duelo, las cicatrices y el afán de comprender al extraño, empieza la historia conocida del teatro.

\*\*\*

Esquilo y sus contemporáneos pensaban que su guerra contra los persas formaba parte de un gran enfrentamiento entre Oriente y Occidente, con mayúsculas. Influidos por la trágica experiencia del combate, consideraban a sus enemigos gentes sanguinarias y ávidas de conquistas. Creían que su victoria sobre ellos era el triunfo de la civilización sobre la barbarie. En la península de Anatolia, encrucijada de varias culturas, nació un griego de sangre mixta y mente inquieta a quien obsesionaba el viejo conflicto. ¿Por qué esos dos mundos —Europa y Asia— estaban enzarzados en una lucha a vida o muerte? ¿Por qué se enfrentaban desde tiempos inmemoriales? ¿Qué buscaban, cómo se justificaban, cuáles eran sus razones? ¿Siempre había sido así? ¿Así sería siempre? Aquel griego amigo de las preguntas dedicó su vida a buscar respuestas. Escribió una larga obra de viajes y testimonios a la que tituló *Historíai*, que en su lengua significaba «pesquisas» o «investigaciones». Nosotros todavía usamos, sin traducirla, la palabra que él redefinió al dar nombre a su libro y a su tarea: «historia». Con su obra nació una nueva disciplina y, tal vez, una forma diferente de mirar el mundo. Porque el autor de las Historias era un individuo de curiosidad incansable, un aventurero, un perseguidor de lo asombroso, un nómada, uno de los primeros escritores capaces de pensar a escala planetaria, casi diría que un adelantado de la globalización.

Hablo, claro, de Heródoto. En una época en la que la gran mayoría de los griegos apenas asomaban la nariz más allá de los límites de su aldea natal, Heródoto fue un viajero infatigable. Se enroló en barcos mercantes, avanzó en lentas caravanas, trabó conversación con muchas personas y visitó un gran número de ciudades dentro del Imperio persa, para poder relatar la guerra con conocimiento del terreno y amplitud de miras. Al conocer al enemigo en su vida cotidiana, en tiempos de paz, ofreció una visión diferente y más exacta que ningún otro escritor. En palabras de Jacques Lacarrière, Heródoto se esforzó por derribar los prejuicios de sus compatriotas griegos, enseñándoles que la línea divisoria entre la barbarie y la civilización nunca es una frontera geográfica entre diferentes países, sino una frontera moral dentro de cada pueblo; es más, dentro de cada individuo. Es curioso comprobar que tantos siglos después de que Heródoto escribiese su obra el primer libro de historia empieza de forma rabiosamente actual: hablando de guerras entre orientales y occidentales, de secuestros, de acusaciones cruzadas, de distintas versiones sobre los mismos acontecimientos, de hechos alternativos. En los primeros párrafos de su obra, el historiador se pregunta por el inicio de las luchas entre europeos y asiáticos. Encuentra ecos de ese conflicto originario en los antiguos mitos. Todo empezó con el secuestro de una mujer griega, llamada Ío. Un grupo de mercaderes, o, más bien, de traficantes —las diferencias entre unos y otros siempre fueron volátiles en la Antigüedad—, desembarcaron en la ciudad griega de Argos para exhibir su mercancía. Algunas mujeres se acercaron a la orilla atraídas por aquellos productos exóticos. Curioseaban arremolinadas junto a la popa de la nave extranjera cuando, de repente, los vendedores, que eran de origen fenicio, se abalanzaron sobre ellas. La mayoría se defendió con uñas y dientes y consiguió escapar, pero Ío no tuvo tanta suerte. La capturaron y la llevaron a la fuerza hasta Egipto, convertida ella misma en mercancía. Este secuestro, según el relato de Heródoto, fue el principio de toda la violencia. Poco después, un destacamento de griegos en misión de castigo desembarcó en Fenicia —hoy Líbano— y raptó a Europa, la hija del rey de Tiro. El empate en los atropellos duró poco, porque los griegos secuestraron también a la asiática Medea en el territorio de la actual Georgia. En la generación siguiente, Paris decidió agenciarse mujer por el procedimiento del rapto, llevándose a la bella Helena por la fuerza rumbo a Troya. Esta agresión colmó la paciencia de los griegos: estalló la guerra y la enemistad incurable entre Asia y Europa. El comienzo de las Historias contiene una fascinante mezcla de mentalidad antigua y asombrosa modernidad. Es evidente que Heródoto cree que las leyendas, los oráculos, los cuentos maravillosos y las intervenciones divinas deben figurar junto a los hechos documentados. Vivía en un mundo en el que la pesadilla que soñara un rey, provocada por una mala digestión, podía ser interpretada como un mensaje de los dioses y cambiar el rumbo de un imperio o la estrategia de una guerra. Las fronteras entre lo racional y lo irracional eran difusas. Sin embargo, Heródoto no fue un individuo crédulo ni reverente. Me fascina el descaro con el que convierte algunos de los grandes episodios míticos de su cultura — el rapto de Europa, el viaje de los argonautas, el comienzo de la guerra de Troya— en una serie de fechorías más bien mezquinas. Admiro la lucidez con la que elimina los oropeles legendarios para denunciar la facilidad con que las mujeres se convierten en víctimas en tiempos de guerra y de venganza, cuando se desencadena la violencia.

Acto seguido, Heródoto hace una inesperada afirmación acerca de sus fuentes. Dice que escuchó a gentes cultas de Persia las explicaciones que acaba de ofrecer sobre la génesis del conflicto. Los fenicios, en cambio, cuentan otra historia, «y no me meteré yo a decidir entre ellos, inquiriendo si la cosa pasó de este o de otro modo». Tras años de viajes y conversaciones, Heródoto comprobó que los testigos a los que interrogaba le facilitaban relatos contradictorios sobre los mismos acontecimientos, olvidaban muchas veces lo sucedido y en cambio recordaban sucesos que solo ocurrieron en el universo paralelo de sus deseos. Así descubrió que la verdad es huidiza, que es casi imposible desentrañar el pasado tal y como sucedió porque solo disponemos de versiones diferentes, interesadas, contradictorias e incompletas de los hechos. En las Historias abundan frases como: «que yo sepa», «según creo», «de acuerdo con lo que averigüé por boca de…», «no sé si es verdad; solo escribo lo que se dice». Milenios antes del multiperspectivismo contemporáneo, el primer historiador griego comprendió que la memoria es frágil, evanescente, y que cuando alguien evoca su pasado deforma la realidad para justificarse o encontrar alivio. Por eso, como en Ciudadano Kane, como en Rashomon, nunca llegamos a conocer la verdad más profunda, sino solo sus atisbos, sus variantes, sus versiones, su alargada sombra, sus infinitas interpretaciones. Y lo más increíble de todo: nuestro autor no consigna la versión de los griegos, solo la de los persas y fenicios. Así, la historia occidental nace explicando el punto de vista del otro, del enemigo, del gran desconocido. Me parece un planteamiento profundamente revolucionario, incluso veinticinco siglos después. Necesitamos conocer culturas alejadas y diferentes, porque en ellas contemplaremos reflejada la nuestra. Porque solo entenderemos nuestra identidad si la contrastamos con otras identidades. Es el otro quien me cuenta mi historia, el que me dice quién soy yo.

\*\*\*

A mediados de los años cincuenta del siglo pasado, en una Europa dividida por el Telón de Acero, viajar más allá de los territorios aliados era una misión más difícil aún que en tiempos de Heródoto. En 1955, un joven periodista polaco llamado Ryszard Kapuściński anhelaba, por encima de todo, «cruzar la frontera». No le importaba cuál ni dónde, no ambicionaba lugares envueltos en el aura capitalista de lo inalcanzable, como Londres o París. No, él solo ansiaba el acto casi místico y trascendental de cruzar la frontera. Salir del encierro. Conocer el otro lado. Tuvo suerte. Su periódico —que respondía al exaltado nombre de Estandarte de la juventud— lo envió como corresponsal a la India. Antes de marchar, la redactora jefe le regaló un grueso volumen de tapa dura: las Historias de Heródoto. Con sus muchos cientos de páginas, no era precisamente un volumen liviano para arrastrarlo en el equipaje, pero Ryszard lo llevó consigo. Le transmitía seguridad en un momento en el que se sentía estupefacto, alarmado. La primera escala del vuelo hacia Nueva Deli iba a ser Roma. Estaba a punto de «pisar Occidente» y, según le habían enseñado en su patria comunista, a Occidente se le debía temer como a la peste. El libro de Heródoto fue su vademécum y asidero en el descubrimiento de ese misterioso mundo exterior. Décadas después, con un largo deambular internacional a sus espaldas, Kapuściński escribió un libro maravilloso, Viajes con Heródoto, que rebosa simpatía hacia el inquieto griego en quien encontró a un compañero de camino y alma gemela: «Le estaba muy agradecido porque, allí en los momentos en que me había sentido inseguro y perdido, siempre había estado a mi lado, ayudándome (…) Juntos recorrimos el mundo durante largos años. Mi experimentado y sabio griego nunca dejó de ser un guía excepcional. Y, aunque la mejor manera de viajar es hacerlo en solitario, no creo que nos estorbásemos: nos separaba una distancia de dos mil quinientos años, a la que hay que añadir otra, fruto del respeto que me imponía. Nunca me abandonó la sensación de codearme con un gigante». Kapuściński descubre en Heródoto el temperamento de un incipiente periodista, dotado de la intuición, la vista y el oído de un reportero. En su opinión, las Historias son el primer reportaje de literatura universal. Es la obra de un individuo intrépido que surca mares, recorre estepas y se interna en desiertos, un hombre poseído por la pasión, el ansia y la obsesión de conocimiento. Se había fijado un objetivo increíblemente ambicioso (inmortalizar la historia del mundo) y no dejaba que nada lo desanimase. En el remoto siglo V a. C. no era posible documentarse acerca de países extranjeros en archivos ni bibliotecas. Así que su método fue, en esencia, el del periodista: viajar, observar y preguntar; sacar conclusiones de lo que otros le contaban y de lo que él mismo veía. De esa forma atesoró sus conocimientos. El periodista y escritor polaco imagina a su maestro griego en situaciones como esta: tras una larga jornada por caminos polvorientos, llega a una aldea junto al mar. Deposita a un lado su bastón, se sacude la arena de las sandalias y, sin más dilaciones, comienza una conversación.

Heródoto era hijo de una cultura mediterránea de largas y hospitalarias mesas donde, en tardes y noches cálidas, se sientan muchas personas juntas para comer queso y aceitunas, tomar vino fresco y hablar. En esas charlas — cenando junto a una hoguera o al aire libre bajo un árbol milenario —, afloraban historias, anécdotas, viejas leyendas, cuentos. Si aparecía un huésped, se le invitaba. Y si ese huésped tenía buena memoria, reuniría un sinfín de información. Apenas sabemos nada sobre la vida privada del viajero Heródoto, y llama la atención que en su libro, rebosante de personajes y anécdotas, cuente tan poco sobre sí mismo. Se limita a consignar que era originario de Halicarnaso, la actual Bodrum, en Turquía, una ciudad asomada a una bellísima bahía, puerto populoso y lugar de paso de las rutas comerciales entre Asia, Oriente Medio y Grecia. A los diecisiete años, Heródoto tuvo que huir de su ciudad natal porque un tío suyo protagonizó una rebelión frustrada contra el tirano propersa. Desde muy joven, se convirtió en un apátrida, una de las peores cosas que le podía ocurrir a un griego de la época. Entonces, despreocupándose del futuro, decidió lanzarse a los mares y a los caminos para tratar de averiguar cuanto pudiera sobre el mundo conocido, desde la India al Atlántico, desde los Urales a Etiopía. No sabemos cuáles fueron sus medios de vida en el exilio. Viajó, dedicó una enorme energía a su tarea de investigador y se abandonó al hechizo de los países que iba recorriendo. Conoció extranjeros hospitalarios y refrescó su mente hablando con ellos sobre costumbres y tradiciones. Escribió sobre pueblos lejanos y adversarios, sin hacer ninguna alusión ofensiva ni juicio peyorativo acerca de ellos. Fue seguramente, como lo imagina Kapuściński, un hombre sencillo, cordial y comprensivo, abierto y parlanchín, alguien que siempre se las arregla para engatusar a los demás y tirarles de la lengua. Pese a su destierro forzado, no albergaba resentimiento ni rabia. Intentaba comprenderlo todo, entender por qué cada individuo actuaba de una manera y no de otra. Nunca culpaba a los seres humanos de las calamidades históricas, sino a la educación, las costumbres y el sistema político en el que les había tocado vivir. Por eso, como su tío insurgente, se convirtió en un defensor fervoroso de la libertad y la democracia, y enemigo del despotismo, la autocracia y la tiranía. Pensaba que solo en el primer sistema puede el individuo comportarse dignamente. Tomad nota —parece decir Heródoto—: un insignificante grupo de pequeños estados griegos ha vencido a la gran potencia oriental solo porque los griegos se sabían libres, y por esa libertad estaban dispuestos a darlo todo.

Hay un pasaje de las Historias que me atrapó y me maravilló desde la primera lectura. En él se sugiere que la personalidad de cada uno de nosotros está modelada —más de lo que nos gusta admitir— por los hábitos mentales, la repetición y el chovinismo: «Si a todas las personas se les diera a elegir entre todas las costumbres, invitándoles a escoger las más perfectas, cada cual escogería las suyas; tan sumamente convencido está cada uno de que sus propias costumbres son las más perfectas. Durante el reinado de Darío, este monarca convocó a los griegos que estaban en su corte y les preguntó por cuánto dinero accederían a comerse los cadáveres de sus padres. Ellos respondieron que no lo harían a ningún precio. Acto seguido Darío convocó a los indios llamados calatias, que devoran a sus progenitores, y les preguntó, en presencia de los griegos, que seguían la conversación por medio de un intérprete, por qué suma consentirían en quemar en una hoguera los restos mortales de sus padres; ellos entonces se pusieron a vociferar, rogándole que no blasfemara. Píndaro hizo bien al decir que la costumbre es reina del mundo». Algunos autores creen que este texto de Heródoto contiene la semilla de toda la tolerancia y la necesidad de comprender, saber y reflexionar que, siglos más tarde, serán el abecé de la etnología. En todo caso, revela una enorme perspicacia en la observación de los pueblos que visitó, y también de su patria griega. Las costumbres son muy distintas en cada cultura, pero su fuerza es gigantesca en todas partes. En el fondo, lo que las comunidades humanas tienen en común es aquello que inevitablemente las enfrenta: la tendencia a creerse mejores. Como descubrió la mirada irónica del griego nómada, todos estamos muy dispuestos a considerarnos superiores.

En eso somos iguales. Si para Kapuściński el libro de Heródoto fue un peso pesado en el equipaje, mucho más incómodo sería para sus lectores de la época. De hecho, fue uno de los primeros mamotretos de los que hay constancia y, con toda seguridad, la primera obra extensa que se escribió en prosa griega. Ha llegado hasta nosotros dividida en nueve partes con los nombres de las musas, y cada una de esas nueve partes ocuparía un rollo de papiro completo. Para acarrear juntos esos nueve tomos, prácticamente haría falta poseer un esclavo porteador. Sin duda, la invención de los rollos significó un gran avance en su momento. Eran dispositivos librarios más prácticos que ninguno de sus precedentes. Desde luego, poseían mayor capacidad que las tablillas de barro y eran mucho más transportables que las señales de humo o las inscripciones en bloques de piedra; aun así, no dejaban de ser engorrosos. Como ya he explicado, se escribía solo en una de las caras del papiro, por lo que los rollos tendían a convertirse en tiras muy largas, repletas, en el lado utilizable, de columnas de una apretadísima escritura. Para abrirse paso a través de ese abigarrado laberinto de letras, el lector debía ejecutar un molesto tejemaneje, enrollando y desenrollando constantemente metros y metros de texto. Además, para rentabilizar al máximo el caro material, los libros estaban escritos sin dejar espacios de separación entre las palabras ni entre las frases, y sin dividirlos en capítulos. Si, gracias a una máquina del tiempo, pudiéramos tener entre las manos algún ejemplar del siglo V a. C. de las Historias de Heródoto, nos parecería que una sola palabra ininterrumpida e interminable se expandía por casi una decena de rollos de papiro. Solo textos breves, como una tragedia o un diálogo socrático, cabían cómodamente en un único rollo. Cuanto más largos eran los rollos, más frágiles e incómodos, y más propensos a romperse. Buscar un pasaje concreto en un ejemplar de cuarenta y dos metros —el más largo que se conoce— bien podría provocar calambres en los brazos y una leve tortícolis. La gran mayoría de obras antiguas ocupaban, por tanto, más de un rollo cada una. En el siglo IV a. C., los copistas y libreros griegos desarrollaron un sistema de reclamos para asegurar la unidad de las obras distribuida en varios libros. El mismo sistema ya había sido practicado con las tablillas en Oriente Medio. Consistía en escribir al final de un rollo las primeras palabras del rollo siguiente, para ayudar al lector a localizar el nuevo tomo que estaba a punto de comenzar. A pesar de todas las precauciones que se pudieran idear, la integridad de las obras estaba siempre amenazada por una incontrolable tendencia a la disgregación, el desorden y la pérdida. Había cajas preparadas para guardar y transportar rollos. Esos recipientes intentaban proteger a los libros de la humedad, de los mordiscos de los insectos, del colmillo del tiempo. En cada caja cabrían entre cinco y siete unidades, dependiendo de la extensión. Curiosamente, muchos textos conservados de numerosos autores antiguos son múltiplos de cinco y siete —tenemos siete tragedias de Esquilo y otras tantas de Sófocles, veintiuna comedias de Plauto, y partes de la historia de Tito Livio preservadas de diez en diez libros, por ejemplo—. Algunos investigadores piensan que, en el azaroso recorrido de la transmisión y las peripecias del tiempo, esas piezas se salvaron precisamente porque las guardaron juntas en una o varias de aquellas cajas. Me he adentrado en estos detalles para explicar hasta qué punto eran frágiles y difíciles de proteger los libros por aquel entonces. Había pocos ejemplares en circulación de cada título, y su supervivencia exigía gigantescos esfuerzos. Los incendios y las inundaciones, que destruían los libros sin remedio, eran catástrofes relativamente frecuentes. El desgaste por el uso, el apetito de las polillas y los estragos del clima húmedo obligaban a volver a copiar cada cierto tiempo, uno por uno, todos los rollos de las bibliotecas y de las colecciones privadas. Plinio el Viejo escribió que, en las mejores condiciones posibles y con los cuidados más escrupulosos, un rollo de papiro podía alcanzar una vida útil de doscientos años. En la inmensa mayoría de los casos duraría mucho menos. Las bajas eran constantes y, a medida que disminuía el número de ejemplares supervivientes de una obra concreta, resultaba cada vez más complicado volver a encontrarla para reponerla. A lo largo de toda la Antigüedad y la Edad Media, hasta la invención de la imprenta, continuamente estaban perdiéndose libros —o a punto de despeñarse al abismo de la desaparición—. Imaginemos por un instante que cada uno de nosotros tuviéramos que dedicar meses enteros de nuestra vida a hacer copias a mano, palabra por palabra, de nuestros libros más queridos, para evitar su extinción. ¿Cuántos se salvarían? Por eso, debemos considerar un pequeño milagro colectivo — gracias a la pasión desconocida de muchos lectores anónimos— que una obra tan extensa como las Historias de Heródoto, y por tanto tan vulnerable, haya llegado hasta nosotros bordeando el desfiladero de los siglos. Como escribe J. M. Coetzee, lo clásico es «aquello que sobrevive a la peor barbarie, aquello que sobrevive porque hay generaciones de personas que no se pueden permitir ignorarlo y, por tanto, se agarran a ello a cualquier precio».

\*\*\*

Hablar de «libros de texto» es tan redundante como decir «tabla de madera», «salir al exterior», «desenlace final» o «crueldad innecesaria». A pesar del superfluo desdoblamiento, todos entendemos a qué se refiere la expresión: a los libros orientados a la enseñanza. Los griegos ya los conocían, y tal vez los inventaron. En ellos recopilaban pasajes literarios para dictados, comentarios y ejercicios de escritura. Este tipo de antologías jugaba un papel muy importante en la supervivencia de los libros, porque la gran mayoría de las obras llegadas hasta hoy fueron, en un momento u otro, textos escolares. Los afortunados niños de la globalización helenística que podían permitirse estudiar más allá de los rudimentos básicos, recibían una educación esencialmente literaria. En primer lugar, porque sus padres valoraban las palabras —la capacidad de comunicar, diríamos ahora—, la fluidez de discurso y la riqueza verbal que se aprenden leyendo a los grandes escritores. Los habitantes del mundo antiguo estaban convencidos de que no se puede pensar bien sin hablar bien: «los libros hacen los labios», decía un refrán romano. En segundo lugar, por nostalgia. Tras los pasos de Alejandro, muchos griegos se habían instalado en territorios ignotos, desde el desierto de Libia hasta las estepas de Asia Central. Allí donde aparecían y se afincaban griegos, ya fuera en las aldeas del Fayum, Babilonia o Susiana, enseguida asentaban sus instituciones, sus escuelas primarias y sus gimnasios. La literatura ayudaba a los emigrados a mantener un lenguaje común, un sistema de referencias compartidas, una identidad. Era el instrumento más seguro de contacto y de intercambio entre los griegos dispersos por la vasta geografía del imperio. Extraviados en la inmensidad, encontraban una patria en los libros. Y no faltaban los indígenas que querían medrar adoptando la lengua y la forma de vida griega. Quien mejor resumió el nuevo concepto de ciudadanía cultural fue el orador Isócrates: «Nosotros llamamos griegos a quienes tienen en común con nosotros la cultura, más que a los que tienen la misma sangre».

¿Qué tipo de educación recibían aquellos griegos? Un baño de cultura general. A diferencia de lo que nos sucede a nosotros, no les interesaba en absoluto especializarse. Menospreciaban la orientación técnica del conocimiento. No estaban obsesionados por el empleo; después de todo, para trabajar ya tenían a los esclavos. Todo el que podía permitírselo, evitaba aprender algo tan envilecedor como un oficio. Lo elegante era el ocio —es decir, el cultivo de la mente, la amistad y la conversación; la vida contemplativa—. Solo la medicina, incuestionablemente necesaria para la sociedad, logró imponer un tipo de formación propia. A cambio, los médicos padecían un claro complejo de inferioridad cultural. Desde Hipócrates a Galeno, todos repetían en sus textos el mantra de que un médico también es un filósofo. No querían dejarse encerrar dentro de su esfera particular, sino que se esforzaban por mostrarse cultos y calzar en sus escritos alguna cita de los poetas imprescindibles. Para los demás, las enseñanzas y las lecturas eran en esencia las mismas a lo largo y ancho del imperio, lo que creaba un poderoso factor de unidad colonial. Este modelo educativo permaneció vigente durante muchos siglos —el sistema romano fue solo una adaptación del mismo concepto—, y se halla en la raíz de la pedagogía europea. El emperador Juliano el Apóstata explicó en un ensayo las salidas profesionales que se abrían ante un estudiante formado según la tradición grecolatina de los conocimientos amplios. Dice Juliano que quien ha recibido una educación clásica, es decir, literaria, podrá contribuir al avance de la ciencia, ser líder político, guerrero, explorador y héroe. Por aquel entonces, los lectores aplicados gozaban de amplios horizontes laborales.

Ya he dicho que durante los siglos III a I a. C. la alfabetización ganó terreno, incluso más allá de las clases dirigentes. El Estado empezó a preocuparse por reglamentar la educación, pero su estructura era demasiado arcaica y los mecanismos administrativos demasiado enclenques como para asumir el reto de una auténtica enseñanza pública. Los establecimientos educativos se incluyeron dentro de las competencias municipales, y las ciudades recurrían a la generosidad de los benefactores —ellos los llamaban evergetes— para financiar este y otros servicios de interés general. La civilizanción helenística, como después la romana, fue esencialmente personalista y liberal. Por aquel entonces abundaban los Bill Gates que exhibían el músculo de sus enormes fortunas haciendo donaciones para obras públicas —caminos, escuelas, teatros, baños, bibliotecas o salas de conciertos— y financiando los gastos de las fiestas patronales. El evergetismo se consideraba una obligación moral de la gente rica, especialmente cuando aspiraban a cargos políticos. Una inscripción del siglo II a. C., hallada en Teos, una ciudad de la costa de Asia Menor, recuerda a un benefactor que cedió una suma capaz de asegurar «que todos los niños nacidos libres reciban educación». El donante dejó establecido que se contrataría a tres maestros, uno para cada grado de instrucción, y además especificaba que los tres debían enseñar a niños y niñas. En Pérgamo se descubrió una inscripción, fechada en el siglo III o II a. C., que también documenta la presencia de niñas en la escuela, ya que figuran entre las ganadoras en las competiciones escolares de lectura y caligrafía. Me gusta imaginar a esas chiquillas mientras dibujaban las letras con gesto serio, con la lengua asomándoles entre los labios entreabiertos, a punto de conseguir uno de los primeros premios de la historia para niñas. Me pregunto si sabían que eran pioneras, si en sus fantasías más osadas soñaron que veinticinco siglos más tarde seguiríamos recordando sus victorias contra la ignorancia.

**TEJEDORAS DE HISTORIAS**

Irene Vallejo (2022). *El infinito en un junco: la invención de los libros en el mundo antiguo.* Madrid: Siruela.

La historia de la literatura empieza de forma inesperada. El primer autor del mundo que firma un texto con su propio nombre es una mujer. Mil quinientos años antes de Homero, Enheduanna, poeta y sacerdotisa, escribió un conjunto de himnos cuyos ecos resuenan todavía en los Salmos de la Biblia. Los rubricó con orgullo. Era hija del rey Sargón I de Acad, que unificó la Mesopotamia central y meridional en un gran imperio, y tía del futuro rey Naram-Sim. Cuando los estudiosos descifraron los fragmentos de sus versos, perdidos durante milenios y recuperados solo en el siglo XX, la apodaron «la Shakespeare de la literatura sumeria», impresionados por su escritura brillante y compleja. «Lo que yo he hecho nadie lo hizo antes», escribe Enheduanna. También le pertenecen las más antiguas notaciones astronómicas. Poderosa y audaz, se atrevió a participar en la agitada lucha política de su época, y sufrió por ello el castigo del exilio y la nostalgia. Sin embargo, nunca dejó de escribir cantos para Inanna, su divinidad protectora, señora del amor y de la guerra. En su himno más íntimo y recordado, revela el secreto de su proceso creativo: la diosa lunar visita su hogar a medianoche y la ayuda a «concebir» nuevos poemas, «dando nacimiento» a versos que respiran. Es un suceso mágico, erótico, nocturno. Enheduanna fue —que sepamos— la primera persona en describir el misterioso parto de las palabras poéticas. Este prometedor comienzo no tuvo continuación. La Odisea, como ya he contado antes, presenta al adolescente Telémaco mandando callar a su madre porque su voz no debe ser escuchada en público. Mary Beard ha analizado con fino humor este episodio del poema homérico. «La palabra debe ser cosa de hombres», dice Telémaco. Se refiere al discurso público con autoridad, no a la charla, el cotorreo o los chismes, que cualquiera —mujeres incluidas; sobre todo las mujeres— podían practicar. El silenciamiento de Penélope inicia una larga lista de imperativos repetidos a lo largo de toda la Antigüedad grecolatina.

Por ejemplo, el filósofo Demócrito, defensor de la democracia y de la libertad, tan subversivo en muchos aspectos de su pensamiento, no tenía inconveniente en recomendar «que la mujer no se ejercite en el hablar, pues eso es terrible». Callar en público, escribió, debía ser considerado el mejor adorno femenino. Aquella civilización tenía esta idea tatuada en su mente: la palabra pública pertenecía solo a los hombres. El territorio de la política, la oratoria y, en gran medida, la literatura eran sus dominios. No deberíamos olvidar que la democracia ateniense se cimentó en la exclusión de todas las mujeres —y de los extranjeros y los esclavos, es decir, de la mayor parte de la población—. Como decía el protagonista de la serie británica de los años ochenta Sí, Ministro: «Tenemos derecho a elegir al mejor hombre para el cargo, al margen de su sexo». Es cierto que esa exclusión no se vivía igual en toda la geografía griega. Y aquí nace otra paradoja: Atenas, la capital de los experimentos políticos y la osadía intelectual, fue tal vez la ciudad griega más represiva con las mujeres. En ese lugar que tanto admiramos, ellas —si habían nacido en hogares ricos— apenas pisaban la calle; permanecían confinadas dentro de casa, tejiendo entre los muros del gineceo, lejos del espacio público y de la ebullición del ágora. Huelga decir que los pobres no tenían ni el dinero suficiente ni los medios necesarios para permitirse ese apartheid familiar; pero, por otra parte, esas vidas estrechas, la miseria, el sudor y la fuerza de las costumbres tampoco permitían grandes márgenes de libertad. Como todas las diversiones áticas, el teatro era un club masculino. Los autores, los actores y los cantantes del coro eran hombres —por mucho que nos cueste hoy imaginar a un barbudo ateniense interpretando a Antígona o Electra—. En la época clásica, cuando Atenas lideraba Grecia, la ausencia de mujeres creadoras fue más estridente que nunca. Existía otro mundo más abierto en la costa de Anatolia y las islas cercanas del Egeo (Lesbos, Quíos, Samos…), tierra de emigrantes griegos en la frontera con Asia. Allí las prohibiciones no eran tan estrictas, ni el encierro tan asfixiante. Las niñas recibían educación y, siempre que fueran ricas y nobles, algunas mujeres podían hacer oír su voz —ciertos investigadores pretenden descubrir en la zona los últimos rescoldos de un matriarcado perdido—.

Según Platón, en la isla de Creta, «a la patria la llamaban matria». En la famosa batalla de Salamina, combatió al frente de una flotilla la única comandante en jefe conocida. Se llamaba Artemisia y venía de la ciudad costera de Halicarnaso, en Asia Menor, donde reinaba. Aunque era griega, se alió con los invasores persas. Se cuenta que los atenienses ofrecieron por su cabeza una recompensa de diez mil dracmas, «ya que consideraban algo inadmisible que una mujer hiciera la guerra a Atenas». Y en Rodas, una isla cercana, nos sorprende un caso insólito: el de una chica joven que, sin dedicarse a la prostitución, participa en los banquetes masculinos. Se llamaba Eumetis, que significa «la de buena inteligencia», pero todos la conocían como Cleobulina porque era la hija de Cleóbulo, uno de los siete sabios. Como Enheduanna, hija de un rey. Cleobulina tenía inteligencia política y supo utilizar bien su influencia. Decían que había convertido a su padre en un gobernante más amable y solidario con sus súbditos. Desde niña, como jugando, inventaba adivinanzas, mientras trenzaba cintas y redecillas. Escribió un libro de acertijos en hexámetros que aún se recordaría siglos después. Un texto antiguo la sitúa en un simposio, codeándose con toda libertad con los hombres. Se divierte, interviene en la conversación, bromea peinando y despeinando los cabellos de uno de los siete sabios. Como era ingeniosa y ocurrente en una época que quería mujeres silenciosas, Cleobulina se prestaba a la caricatura. Sabemos que un cómico ateniense la parodió en una obra de teatro titulada —en plural— Las Cleobulinas. Se puede suponer que la comedia, hoy perdida, fabricaría unos personajes parecidos a los de Las preciosas ridículas de Molière: jovencitas absurdas que pierden el seso por los juegos de palabras y, aunque se creen muy listas, en realidad resultan unas pedantes insoportables. Las mujeres que escribían se enfrentaban a la amenaza de la burla, de ese espejo deformante. Tal vez por eso amaban el secreto, sugerir sin llegar a decir, el acertijo, el interrogante. Como escribe Carlos García Gual, «expresarse por medio de enigmas era, en el ámbito griego, algo propio de las mujeres, tejedoras también con palabras».

\*\*\*

Safo —lo cuenta ella misma— era bajita, morena y poco atractiva. Nació en una familia aristocrática venida a menos. A diferencia de Cleobulina, no era hija de reyes. Su hermano mayor dilapidó la fortuna familiar, o lo que quedaba de ella. La casaron con un extraño, como era habitual, y tuvo una hija. Todo la encaminaba a una vida anónima. Las mujeres griegas no escribían poesía épica, claro. No conocían la experiencia de las armas porque las batallas eran el peligroso deporte de la aristocracia masculina. Además, ellas no podían llevar la vida libre e itinerante de los aedos, viajando de ciudad en ciudad para ofrecer su canto. Tampoco participaban en los banquetes, ni en las competiciones deportivas, ni en los asuntos políticos. ¿Qué podían hacer? Cobijaban recuerdos. Como esas niñeras y abuelas que contaban cuentos a los hermanos Grimm, transmitían de generación en generación leyendas viejísimas. También componían cantos para los coros femeninos (canciones de boda, canciones en honor de los dioses, canciones para bailar). Y hablaban de sí mismas en poemas para una sola voz, acompañados de la lira —de ahí proviene el término «poesía lírica»—. Se trataba de universos obligatoriamente pequeños y locales. Aún así, de forma casi milagrosa, algunas mujeres lanzan desde su rincón una mirada original y fulminan los muros que las aprisionan. Lo hizo Safo. Lo harían otras reclusas transgresoras como Emily Dickinson o Janet Frame. Safo escribió: «Dicen algunos que nada es más hermoso sobre la negra tierra que un escuadrón de jinetes, o de infantes, o de naves. Pero yo digo que lo más bello es la persona amada». Estas palabras sencillas esconden una revolución mental. Cuando se escribieron, en el siglo VI a. C., rompieron los esquemas tradicionales. En un mundo profundamente autoritario, el poema sorprende porque contiene múltiples perspectivas, e incluso parece celebrar la libertad del desacuerdo. Además, se atreve a cuestionar aquello que la mayoría admira: los desfiles, los ejércitos, el despliegue y el alarde de poder. Seguramente Safo habría cantado lo mismo que Georges Brassens sobre su mala reputación: «Cuando la fiesta nacional/ yo me quedo en la cama igual,/ que la música militar/ nunca me supo levantar». Frente a las aburridas exhibiciones de músculo guerrero, ella prefería sentir y evocar el deseo. «Lo más bello es lo que cada uno ama». Inesperado, este verso afirma que la belleza está primero en la mirada del amante; que no deseamos a quien nos parece más atractivo, sino que nos parece atractivo porque lo deseamos. Según Safo, quien ama crea la belleza; no se rinde a ella como suele pensar la gente. Desear es un acto creativo, al igual que escribir versos. Favorecida con el don de la música, la menuda y fea Safo podía ataviar con sus pasiones el minúsculo mundo que la rodeaba, y embellecerlo.

En algún momento, la biografía de Safo dio un giro. Su matrimonio acabó y ella cambió las rutinas del hogar por una nueva actividad que no conocemos bien. Recurriendo a los deteriorados fragmentos que nos han llegado de sus versos y a través de noticias sobre ella, podemos reconstruir el ambiente poco convencional en el que vivió esos años. Sabemos que dirigió un grupo de chicas jóvenes, hijas de familias ilustres. Sabemos también que se enamoró en momentos sucesivos de algunas de ellas —Atis, Dica, Irana, Anactoria—, y que juntas componían poesía, hacían sacrificios a Afrodita, trenzaban coronas de flores, sentían deseo, se acariciaban, cantaban y bailaban, ajenas a los hombres. De vez en cuando, una de estas adolescentes se marchaba, quizá para casarse, y la separación hacía sufrir a todas. Por último, nos dicen que en la isla de Lesbos había otros grupos parecidos, dirigidos por mujeres a las que Safo considera enemigas. Y se siente dolorosamente traicionada por las chicas que la dejan para entrar en un círculo rival. Se piensa —pero es solo conjetura— que eran thíasoi femeninos, una especie de clubs religiosos donde las adolescentes, bajo la dirección de una mujer carismática, aprendían poesía, música y danza, honraban a los dioses, y tal vez exploraban su erotismo poco antes del matrimonio. En todo caso, los amores de Safo por sus protegidas no eran sentimientos condenados, sino reconocidos y deseados incluso. Los griegos creían que el amor era la principal fuerza educadora. No respetaban demasiado al maestro que enseñaba por dinero, corriendo detrás de la clientela y reclamando su pago. Para su mentalidad aristocrática, aceptar un trabajo remunerado era propio de desharrapados. Les gustaba más el profesor que escogía a nuevos discípulos solo al descubrir en ellos un destello especial y entregaba su sabiduría, sin el estorbo de peticiones salariales, enamorándose y seduciendo —ni más ni menos que lo que hacía Sócrates—. En Grecia, miraban ese tipo de homosexualidad pedagógica como algo incluso más digno y elevado que las relaciones heterosexuales. El poema más conocido de Safo se desarrolla en la boda de una joven amiga que ya no volverá al grupo. Para Safo, es la fiesta del adiós: «Me parece igual que un dios ese hombre/ que está sentado frente a ti/ y cautivo te escucha/ mientras le hablas con dulzura. Tu risa encantadora/ me ha turbado el corazón en el pecho:/ Si te miro, la voz no me obedece;/ mi lengua se quiebra/ y bajo la piel, un tenue fuego me recorre,/ ya no veo, mis oídos zumban,/ brota el sudor, un temblor entera me sacude;/ y estoy pálida, más que la hierba./ Siento que me falta poco para morir». Estos versos en los que palpita el deseo han escandalizado a muchos lectores. Siglo tras siglo, Safo ha sufrido un verdadero alud de incomprensión, caricaturas y comentarios malintencionados hurgando en su vida privada. Ya Séneca menciona un ensayo titulado «¿Fue Safo una puta?». En el otro extremo, un remilgado filólogo del siglo XIX escribió, para guardar las formas y proteger al mundo de las obscenidades paganas, que «dirigía un internado de señoritas». En el año 1073, el papa Gregorio VII había ordenado quemar todos los ejemplares de sus poemas, por su peligrosa inmoralidad. En un fragmento de apenas una línea que, por azar, ha llegado hasta nosotros, leemos: «yo afirmo que alguien se acordará de nosotras». Y, aunque aquella posibilidad parecía rozar lo imposible, casi treinta siglos después seguimos escuchando la voz tenue de aquella mujer bajita.

**LEER ENTRE PAREDES**

Manguel, Alberto (2014). **Una historia de la lectura.** Buenos Aires: Siglo XXI, p. 222.

La idea de que ciertos libros están destinados exclusivamente para los ojos de determinados grupos es casi tan antigua como la literatura misma. Algunos eruditos sugieren que, así como la épica y el teatro griegos se dirigían en primer lugar a un público masculino, es probable que las primeras novelas griegas estuvieran destinadas a un público predominantemente femenino[[1]](#footnote-1). Aunque Platón escribió que en su república ideal la instrucción sería obligatoria para ambos sexos[[2]](#footnote-2), uno de sus discípulos, Teofrasto, argumentó que a las mujeres sólo debía enseñárseles lo necesario para llevar la casa, porque la educación avanzada “convierte a las mujeres en chismosas, pendencieras y perezosas”. Como eran pocas las mujeres griegas que sabían leer y escribir (aunque se ha sugerido que las cortesanas eran “extremadamente cultas”), se hacían leer los libros por esclavas educadas. Teniendo en cuenta el lenguaje refinado de los autores y el número relativamente pequeño de fragmentos que se conservan, el historiador William V. Harris afirma que esas novelas no eran muy populares, sino, más bien, lectura de entretenimiento para un limitado público femenino con cierto grado de educación[[3]](#footnote-3). Los temas eran el amor y la aventura; el héroe y la heroína siempre eran jóvenes, bellos y de buena familia; les acontecían desgracias, pero en todos los casos con final feliz; había que confiar en los dioses, así como en la virginidad o la castidad de los personajes (al menos de la heroína)[[4]](#footnote-4). El contenido siempre quedaba claro para el lector.

El autor de la novela más antigua que se conserva entera, que vivió hacia comienzos de la era cristiana[[5]](#footnote-5), se presenta, junto con el tema del libro, en las dos primeras líneas: “Me llamo Caritón de Afrodisia [una ciudad de Asia Menor], y soy empleado del abogado Atenágoras. Os voy a contar una historia de amor que tuvo lugar en Siracusa”. “Historia de amor”, pathos erotikon: desde las primeras líneas, los libros destinados a las mujeres estaban asociados con lo que más adelante recibiría el nombre de amor romántico. Leyendo esa ficción permitida, las mujeres, desde la sociedad patriarcal de la Grecia del siglo I hasta la Bizancio del siglo XII (cuando se escribieron los últimos de esos romances), seguramente encontraban en ella algo estimulante: en los esfuerzos, peligros y agonías de las parejas enamoradas, las mujeres descubrían a veces algún motivo de reflexión.

1. Thomas Hágg, The Novel in Antiquity, edición inglesa (Berkeley y Los Angeles, 1983). [↑](#footnote-ref-1)
2. Platón, Laws, ed. Rev. R. G. Bury (Cambridge, Mass., y Londres, 1949), VII, 804 c-e. [↑](#footnote-ref-2)
3. William V. Harris, Ancient Literacy (Cambridge, Mass., 1989). [↑](#footnote-ref-3)
4. Ibídem. [↑](#footnote-ref-4)
5. C. Ruiz Montero, “Una observación para la cronología de Caritón de Afrodisias” en Estudios Clásicos 24 (Madrid, 1980). [↑](#footnote-ref-5)